
*CRISIS DE LA MODERNIDAD:
un asalto a la razón*

Progreso e historia

Toda sociedad debe ser explicada en un contexto histórico en cuanto a su dinámica; no existe estructura social estática o leyes inamovibles en la teoría social, sea ésta platónica o marxista. La memoria histórica se construye con la experiencia acumulada de violencia y de paz. En el mundo antiguo, griego y romano, explica Kostas-Papaioannou, lo que importa era el ser. El hombre griego y el hombre medieval debían luchar constantemente por moldear la materia de la vida conforme con la imagen armoniosa que llevaban en sí. El tiempo se mueve en círculo. No hay avance ni retroceso, los hechos pueden suceder en forma repetida. La idea del progreso tanto como la de historicidad del hombre cual carácter fundamental de su estructura, fueron introducidas a la filosofía con el cristianismo. A partir de ese momento el hombre transformará su destino. La tradición judío-cristiana busca comprender el pasado y porvenir en tanto que perspectivas ordenadoras a la existencia, y mostrar en la historia la revelación y la realización de un orden de fines trascendentales a los de la naturaleza y el cosmos. Era la nueva esperanza del desarrollo de toda la sociedad en forma lineal.

El siglo XIX iba a ser el triunfo de la teoría del progreso. En sus dos versiones: el liberalismo y el marxismo. Y todos los filósofos, los intelectuales, empezaron a hablar y a escribir en nombre del futuro lumino-

* Profesor adscrito a la Coordinación de Sociología de la FCPyS-UNAM.

so de la sociedad. El progreso en realidad era otra cara de la utopía, otro espejismo de la armonía social. Dicha teoría buscaría también la felicidad humana después de siglos de violencia y miseria física y moral.

El progreso humano, ha explicado John Bury, es una idea que contiene una síntesis del pasado y una previsión del futuro. Se base en una interpretación de la historia que considera al hombre caminando lentamente hacia una dirección definida y deseable e infiere que este avance continuará indefinidamente.

La idea del progreso nace en el siglo XVI y forma parte de la cultura del Renacimiento. Más aún: es el resultado de la visión optimista sobre el mundo durante la etapa renacentista. Es la modernidad.

Los cambios y las transformaciones en la naturaleza y la sociedad, sus mejoras en la técnica, en la ciencia, en la cultura en general, son los fundamentos del progreso. Se cree, a diferencia de los pesimistas, que el mundo, la sociedad, el hombre en general, no solamente no está en decadencia sino que va en ascenso hacia la perfección social.

El hombre dominando la naturaleza y la sociedad. Descartes en el siglo XVII contribuiría con sus investigaciones al desarrollo de las ciencias naturales a través de sus descubrimientos y a su fe suprema en la razón. Fue el primero de los investigadores modernos que estuvo obsesionado por el método para controlar u organizar la sociedad. Creía en el desarrollo de la humanidad a partir del descubrimiento de su propio método, y con esto, de la razón analítica; de este modo da un paso más para configurar los elementos del progreso. Y por otro lado se rechaza el pasado. “Los antiguos —dijo Moliere— son antiguos, nosotros somos los hombres de hoy”.

En esta visión del mundo, el hombre con especie nunca conocerá la derrota. Por el contrario, siempre estará en constante desarrollo. Es una visión sociológica equilibrada y segura en donde la vida misma es la que tiene que ser mejorada.

El positivismo de Augusto Comte era la filosofía de la burguesía triunfante, no preveía más conflictos ni violencia social, sino una evolución permanente del hombre y la sociedad donde cada quien tenía sus deberes y sus derechos. La clase universal, como se pensaba a sí misma la burguesía, empezó a tener sus opositores, resultado de la industrialización y los cambios tecnológicos. Y tuvo en Carlos Marx a su crítico más despiadado y feroz quien propuso la revolución socialista como alternativa. Pero ésta, a su vez, se dió en países pobres y terminó en autoritarismo, violencia y terror policiaco y político, fue la cara del stalinismo.

Los límites de la modernidad

La crisis del desarrollo, como lo ha explicado Edgar Morin, no sólo consiste en la constatación de una penuria de los recursos, sino que es también la conciencia oscura e inquieta de un agotamiento de la voluntad, de la imaginación y de las teorías que han inspirado la utopía, el progreso y el desarrollo. Es también el reconocimiento de que todo desarrollo y crecimiento económico constituye un proceso brutal y sórdido. Su esencia reside en que el trabajador produzca más de lo que le permiten consumir para sus necesidades inmediatas, e invertir, y reinvertir el excedente así obtenido. Las teorías que se expresaron en los modelos norteamericano, soviético, capitalismo y socialismo, mostraron y demostraron hasta qué grado teoría y práctica se fueron alejando cada vez más y más, hasta transformar todo en una mascarada donde la historia se convirtió en ese cuento contado por un idiota lleno de furia y rabia, pero sin sentido.

Es cierto, el desarrollo trajo conquistas portentosas: la llegada del hombre a la luna, la revolución tecnológica, esperanza de vida más grande; pero también la contaminación del mar, los ríos y el aire y la enfermedad típica del siglo XX: la neurosis. La patología del hombre obsesionado por la competencia y la acumulación, y el resurgimiento de un empirismo brutal para explicar la sociedad, al anti-intelectualismo y el racismo expresado en el nazismo y el fascismo.

El hombre empieza a desconfiar de la inteligencia como instrumento de interpretación del mundo, surgen los profetas de la desesperación, de la derrota, del nihilismo.

El hombre vive angustiado y se siente culpable por haber liquidado la confianza en la razón y la inteligencia. El resultado es que se vive en perpetuos desgarramientos y contradicciones porque todos están atrapados dentro de la estructura social. Y como Simbad el Marino en *Las Mil y Una Noches*, la realidad cotidiana no le satisface, pero tiene la certeza de su perdición y abandono; por eso inventa mil fantasías para poder sobrevivir.

Lo que significa ser hombre y mujer en estas sociedades es ser un sujeto manipulado, perseguido, acosado por los valores de la sociedad de consumo que no permiten escapar a nadie. El dinero más que nunca expresa, con dramatismo, la enajenación en la sociedad contemporánea. El dinero, como lo escribió Marx, se transforma de valor de cambio en un fetiche y en mecanismo de motivación de todos los hombres. A partir de la sociedad industrial, el dinero es representante general de la riqueza y al mismo tiempo la riqueza misma. Dice Marx que el dinero es el Dios de las mercancías porque las representa a todas. El dinero inten-

ta dar un sentido coherente al evidente absurdo del mundo, pretendiendo otorgarle a la vida sentido trascendental. Con todo, se descubre que ese consumo es irracional y que la sociedad es incapaz de solucionar problemas incomprensiblemente complejos con el fetichismo del dinero. Allí empieza otra vez la tragedia. La vida del hombre contemporáneo es una serie de fracasos y desilusiones: con su familia, con sus mujeres, con su profesión, con su radicalismo (liberal o marxista), con sus amigos, con su trabajo. De aquí su necesidad de consumir y de sentir poder, convertido en un objeto puede mitigar un poco su miedo a las ideas y a su transformación social. Norman Mailer ha dicho que “la sociedad no está en peligro por las ideas equivocadas, sino por falta de interés en cualquier tipo de ideas”.

El destino del hombre de esta sociedad irracional es volverse insensible y vivir con la muerte, gracias a la presencia cada vez más cercana de una guerra atómica, las guerras localizadas, el smog, el cáncer, la esquizofrenia.

Y si el destino del hombre del siglo XX es vivir con la muerte, desde la adolescencia hasta la vejez prematura, entonces la única respuesta animadora es aceptar los términos de esa muerte, vivir con ella como un peligro inmediato, divorciarse de la sociedad, vivir sin raíces, o vivir de las mentiras, aunque también las mentiras nos estén liquidando. Los embustes nos están matando al tiempo que se acaban a sí mismos. . . Nacen otras pequeñas mentiras institucionales en los periódicos, en las oleadas de la televisión y en los sentimentalismos de la pantalla. Son pequeños embustes, pero nos llevan a la demencia al agotar nuestro sentido de lo real. Hemos crecido en un mundo cuya decadencia es peor que la del Imperio Romano. Un mundo cobarde que persigue a los poetas y a los que son diferentes.

Es la sociedad unidimensional, como la ha llamado Herbert Marcuse. Una sociedad donde el humanismo liberal o marxista es puro folclor o pura retórica, y que no puede ser proyecto o realización nacional porque la sociedad industrial, explica Marcuse, es el aparato técnico de producción y distribución que se ha vuelto aparato político totalitario, que coordina y administra todas las dimensiones de la vida: el tiempo libre y el tiempo del trabajo; el pensamiento negativo así como el positivo.

Para las víctimas, los beneficiarios y los herederos de la sociedad, el reino de la libertad ha perdido su contenido clásico, su diferen-

cia cualitativa respecto del mundo técnico del que ellos deben apropiarse: el reino de la necesidad debe convertirse en el reino de la libertad. En esta realidad, la negación de la humanidad se difunde a través de todos los resultados alcanzados: en la preparación cotidiana para la destrucción total, en el equipamiento para una existencia subterránea, en las planificaciones del derroche cada vez más ingeniosas, en el vacío sin salida de los medios de comunicación, en la abolición de la intimidad privada —y tal vez la negación más efectiva de todas—, en la conciencia sin esperanza que se tiene de todo eso en el reconocimiento y en la crítica pública que son impotentes y contribuyen al poder de la totalidad si no son destruidos o reducidos al silencio por la fuerza.

El hombre vive en ciudades convertidas en complejas megalópolis; en estas gigantescas unidades, pierde su espontaneidad y su individualidad, siente que no es nada ni nadie en un mundo cada vez más anónimo.

A medida que cobramos mayor conciencia de nuestra condición, escribió Wright Mills, sentimos que vivimos en un mundo donde somos simplemente espectadores. Se actúa sobre nosotros pero nosotros no actuamos.

Sentimos que nuestra experiencia personal carece de importancia cívica y nuestra voluntad política es una ilusión menor. Y con frecuencia caemos en el pánico, en la desorientación y en el terror personal y social. Y a medida que entendemos nuestra condición como masa, más frustrados nos inclinamos a sentirnos, porque nuestro conocimiento conduce a la impotencia. Vivimos en áreas metropolitanas que no son comunidades en un sentido estricto de la palabra, sino más bien monstruosidades sin plan a los que nosotros como hombres y mujeres, estamos sometidos en estrechas rutinas y medios limitados.

Los jóvenes son los que muestran más trastornos de personalidad y se sienten hastiados, sumergidos en un constante aburrimiento, yendo de un lugar a otro, sin la menor reflexión, embotándose con la música *disco*, con el ruido de la televisión o de sus motocicletas, tratando de buscar algo que no saben qué es. Están en un escenario lleno de aglomeraciones, de carros, de edificios que no han sido planeados para que viva el hombre. Por eso, la gente frecuenta los estimulantes, los tranquilizantes, las drogas. La gente no tiene tiempo de leer, pensar o reflexionar. Al saludarse se dicen, sobre todos los componentes de la clase media: “esta semana gané un millón de pesos, dí el enganche para un nuevo

coche, tengo nueva televisión, nueva alfombra, nuevo refrigerador, y tú?" La pasión procreó sistemas culturales que permitieron la trascendencia, pero también creó situaciones de irracionalidad y de violencia política y social desatada.

El triunfo de la política irracional

Como ha explicado Bárbara W. Tuchman en su ensayo, *La marcha de la locura*, la política irracional es un fenómeno que se puede ver más claramente en la historia moderna. La sabiduría que se podría definir como el ejercicio del juicio actuando con base en experiencias, sentido común e información disponible ha resultado menos activa y más frustrada de lo que debiera ser. La aparición de la insensatez no está relacionada con ningún tipo de régimen: monarquía y democracia por igual. Tampoco es exclusivo de ninguna nación o clase: la élite del poder norteamericana ha desatado guerras crueles e innecesarias, los países latinoamericanos con frecuencia están gobernados por caudillos sanguinarios y omnipotentes. La clase obrera, como está representada por los gobiernos comunistas, no funciona en el poder más racional o eficientemente que la clase media inglesa como se ha demostrado notablemente en fechas recientes. Es posible admirar a Mao Tse Tung por muchas cosas, pero el gran salto adelante con una fábrica de acero en cada patio, y la revolución cultural que liquidó a los libros y a la universidad, fueron ejercicios opuestos a toda sabiduría, que causaron grandes daños al progreso y a la estabilidad china.

Un principio que aparece en los casos hasta aquí mencionados es que la irracionalidad es hija del poder. Todo mundo sabe, por continuas repeticiones de la frase de Lord Acton, que el poder corrompe y que el poder de mando frecuentemente causa fallas en el pensamiento. Que la responsabilidad del poder a menudo se desvanece conforme aumenta su ejercicio. La responsabilidad general del poder debería consistir en gobernar lo más razonablemente posible en el interés del Estado y de sus ciudadanos. Un deber de tal proceso es mantenerse bien informado, atender a la información, mantener abiertos el juicio y el criterio, y resistir al incidioso encanto de la terquedad. También es un hecho que un estímulo para la locura es el exceso de poder. Hoy ha retornado a la conciencia social e individual de las sociedades que el liberalismo trajo significativas aportaciones en la lucha por sociedades más libres e igualitarias. Hoy no se puede despreciar, como antaño, como una mera ideología pequeñoburguesa, lo que fundamentó revoluciones tan radicales como la inglesa, la francesa y la norteamericana. El ensayista Norberto

Bobbio en *Liberalismo y Democracia*, explica los fundamentos con los que el liberalismo mostró que el Estado debería tener poderes y funciones limitados. El Estado liberal producto de esos cambios de las sociedades modernas, establece que la sociedad nace de un acuerdo entre individuos, en principio libres, que convienen en establecer los vínculos estrictamente necesarios para una convivencia duradera y pacífica. Es cierto, el liberalismo tradicional favorecía más el individualismo y la acumulación de riqueza aun cuando con frecuencia la libertad y la igualdad se transformó en retórica. Pero a partir de la primera gran crisis del capitalismo mundial en 1929, aparece el Estado benefactor, que integra leyes que forman la Constitución para proteger a los marginados y los desheredados.

El nuevo liberalismo ve que la nueva concepción de la sociedad no puede negar el hecho de que los privilegios del individuo sobre la comunidad terminan en miseria generalizada. Pero tampoco que sobreponer la comunidad sobre el individuo degenera en autoritarismo y en la tiranía de supuestas mayorías. Por eso, es importante remarcar que la única forma de igualdad que no sólo es compatible con la libertad es el liberalismo social, lo que significa que cada cual debe gozar de tanta libertad mientras sea compatible con la libertad ajena y pueda hacer todo aquello que no agreda la libertad de los demás. Es un hecho histórico también ya demostrado, que el mejor remedio contra el abuso del poder bajo cualquier forma es la participación directa o indirecta de los ciudadanos, en la formación de leyes y en los rumbos que debe tomar una sociedad, a través de la opinión pública y la discusión de las teorías en forma pluralista. Es necesario entender que para que exista una sociedad más democrática se tienen que integrar los triunfos de las revoluciones modernas, la inglesa de 1648, la norteamericana de 1766 y la francesa de 1789, que conquistaron los derechos individuales, la diversidad erótica, la movilidad social y política, la creación artística sin trabas, en una palabra: la sociedad civil.

Por eso en la sociedad abierta una decisión no se aplica verdaderamente a menos que sea aceptada por aquellos a quienes concierne, sin que todos los interlocutores tengan los mismos intereses ni las mismas opiniones; el compromiso es una necesidad y un principio de acción. El encuentro de los consentimientos ofrece la estabilidad de lo que es aceptado, en lugar de que el uso de la fuerza suscite el gusto de la venganza.

La necesidad de la esperanza

A pesar de todas las críticas en forma consciente e inconsciente, los

hombres, las mujeres, las clases, las masas, tienen necesidad de creer en la utopía, el progreso, el desarrollo. Porque es la única forma de que el hombre desgarrado por su conciencia sobre la muerte pueda trascender. Esta teoría que desarrolla brillantemente Ernest Becker explica que el hombre tiene en sí mismo los dos motores fundamentales de su existencia. Uno es *Eros*, es decir, la necesidad de unificar las experiencias, de dar mayor sentido a las cosas, en una palabra, la transformación de sí mismo y la sociedad. En contraposición está la muerte. A partir de saberse finito, el hombre intenta destruir y superar su miedo a la muerte dominando la naturaleza y creando sistemas políticos, culturales y sociales que duren eternamente. Son los mecanismos que tiene para subsistir con la idea de su propia finitud. Primero inventó las religiones, un Dios a su imagen y semejanza, luego la idea del heroísmo. Se debe destacar, ser excepcional, mostrarse como la contribución más grande posible a la vida, expresar que él importa más que ninguna otra cosa o persona. De esta forma cada sistema cultural es una dramatización del heroísmo terrestre, cada sistema crea obras y papeles para que se desempeñen varios grados del heroísmo según el talento y las capacidades de cada quien; desde el heroísmo elevado de Buda, Cristo, Che Guevara, Fidel Castro, hasta el heroísmo bajo del minero, del profesor de pueblo, del campesino o del simple sacerdote. Este heroísmo terrenal, sin brillo, cotidiano fija las manos en el trabajo para sacar adelante a una familia a través del hombre y las enfermedades. De este modo, el hombre experimenta y cree que las cosas que imagina y fabrica tienen un valor y un significado perdurable. De esta manera se eclipsarán la muerte y el olvido cultivando la esperanza de trascender permanentemente. En este sentido, el producto cultural que más posibilidades da de perdurabilidad sobre la muerte son las religiones. La judío-cristiana, históricamente hablando, se ha dedicado a resolver este problema de cómo soportar la muerte con la idea de la resurrección o con el mito de otra vida en el cielo o en el paraíso. El hombre común se dedica a reprimir su conciencia de la finitud y busca un olvido total mediante juegos sociales y políticos a veces muy complejos, trucos psicológicos, preocupaciones personales tan alejadas de la realidad y de su verdadera situación que son formas de locura. En el hombre sobresaliente la megalomanía, por ejemplo, de Hitler a Stalin de Charles De Gaulle a Richard Nixon.

Por otro lado, Ernest Becker descubre que el Edipo no es resultado del enamoramiento del niño hacia la madre; pues en realidad lo que el niño desea es vencer a la muerte convirtiéndose en su propio padre, en el creador y en el sustento de su vida. El niño descubre que puede vencer los terrenos dominados poseyendo el mundo mediante el dominio de sí mismo, pero el sinfín de trampas que crea el hombre para domi-

nar este pavor, se da en todos los términos, inclusive en su sexualidad que está enmascarando su temor fundamental o en sus relaciones simbióticas que para obtener seguridad necesita como alivio a su angustia, su soledad, su desamparo. Esto explica gran parte de la lucha cotidiana en la sociedad actual. Por eso, Sartre, en su etapa existencialista, llamó al hombre “una pasión inútil” porque es un tramposo sin remedio que se engaña sin ver su verdadera condición, desea ser un Dios y sólo tiene el equipo de un animal y esto lo enloquece y lo empavorece. Hoy la opinión pública casi planetaria está luchando para superar esta situación y encontrar una adecuación entre el yo interno y el mundo social de los hombres y las mujeres del siglo XX.

Por eso es necesario replantear la necesidad de una crítica social a los sistemas políticos y económicos en términos reales y concretos. Hoy discutir sobre la democracia, el poder y la libertad no debe ser un ejercicio retórico o un escape irresponsable que justifique el *statuo quo* y el cinismo político. Para los pesimistas, la democracia es una utopía que nunca podrá alcanzarse y la marcha del hombre provocará siempre el sojuzgamiento de unos pocos sobre unos muchos. Detrás de esta aparente frialdad política se encuentra un pensamiento conservador que olvida las luchas de miles de hombres y mujeres por la libertad y la democracia, tanto en el mundo capitalista como el socialista. Se necesitan de las filosofías políticas. Y como decía Mills, las filosofías políticas son creaciones intelectuales y morales, contienen ideales elevados, consignas fáciles, hechos y propaganda burda, teorías refinadas. Sus partidarios seleccionan algunos hechos e ignoran otros. Proponen la aceptación de ideales, la fatalidad de los acontecimientos, argumentan con esta teoría y atacan aquella otra. Pero la filosofía política nos dice cómo descubrir dónde nos encontramos y hacia dónde nos dirigimos. Nos da algunas respuestas a estas preguntas, nos prepara para los futuros posibles.

Hoy como ayer la utopía representa una aproximación importante para las orientaciones políticas y filosóficas que provocan conflictos, violencias, pero que también hacen al hombre avanzar y retroceder. De que la sociedad tiene necesidad de esas filosofías es un hecho: para reorientar y democratizar no sólo su vida pública, sino también su vida privada.

Mientras tanto se podría decir con Scott Fitzgerald, que uno debería ser capaz de ver que las cosas no tienen remedio, y sin embargo, estar resuelto a cambiarlas.

Bibliografía

- Bobbio Norberto, *Liberalismo y democracia*, México Fondo de Cultura Económica, 1969, 114 pp..
- Careaga Gabriel, *El Siglo Desgarrado*, Crisis de la Razón y la Modernidad, México, Cal y Arena, 1989, 175 pp.
- Cioran E.M., *Historia y Utopía*, México, Artífice Ediciones, 1981, 108 pp.
- González y González, Luis, *Todo es Historia*, México, Cal y Arena, 1989, 294 pp.
- Heller Agnes, *Políticas de la postmodernidad*, Madrid, Península, 1989, 299 pp.
- Kennedy Paul, *Auge y caída de las grandes potencias*, Madrid, Plaza Jans, 1989, 812 pp.
- Mills Wright, *Los marxistas*, México, Editorial Era, 1964, 429 pp.
- Papaioannou Kostas, *La consagración de la historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, 215 pp.
- Pico Josep (compilador), *Modernidad y postmodernidad*, 1988, 385 pp.
- Tuchman Bárbara, *La marcha de la locura, La sinrazón desde Troya hasta Vietnam*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, 360 pp.